

Federico Jeanmaire

Tacos altos



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: foto © Thomas Dworzak / Magnum Photos

Primera edición: marzo 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Federico Jeanmaire, 2016

by arrangement with Literarische Agentur Metin Inh. Nicole Witt e. k.,
Frankfurt am Main, Germany

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9809-5

Depósito Legal: B. 2439-2016

Printed in Spain

Reinbook Imprèss, sl, Passeig Sanllehy, 23
08213 Polinyà

Me cuesta el pasado. Y me cuesta el futuro, también. Soy china, me defiendo siempre. Pero la profesora de castellano se enoja igual conmigo y entonces le pone una calificación a mi prueba que no es buena.

¿Soy china?

No sé.

Ahora no importa.

De cualquier manera, sospecho que hay un momento de la vida en el que cada hombre o cada mujer descubren quiénes son. Lo saben. De repente. Frente a una instancia crucial o frente a un hecho insignificante, da lo mismo.

Mi padre lo sabe.

Por supuesto que lo sabe.

Estoy convencida de que lo sabe. Pero cuándo, en qué instante, eso en verdad no lo sé. Puede ser

durante aquel larguísimo último día de calor en Glew o puede ocurrir muchísimos años antes.

Yo, en cambio, todavía no sé quién soy.

Y, por no saber, ni siquiera sé si es que ya me convierto en una mujer o aún me falta un poco de tiempo, como repite cada vez que tiene oportunidad mi abuelo paterno.

Tampoco importa.

Más tarde o más temprano termino por ser esa mujer que anuncia, como una cuestión más o menos inminente, mi abuelo paterno. Cuentan los ancianos que hasta algunas raíces de ginseng se convierten un buen día en mujeres, ¿por qué no lo voy a hacer yo, entonces?

Y enseguida después de convertirme en mujer, espero, descubro quién soy.

Realmente quién soy.

Ahora, no me importa. Ni lo de ser mujer ni lo de saber quién soy. Ahora mismo, aunque me cueste el pasado y me cueste el futuro y, algunas veces, también los géneros y la diferencia entre el plural y el singular, lo único que pretendo es escribir en castellano, para no olvidar, acerca de la plaza de allá. La plaza de Glew.

Un lugar horrible y sucio, la plaza de Glew. Tan horrible y tan sucio como la angosta calle de aquí en la que mi abuelo paterno, cada mañana, vende sus ranas y sus sapos y sus culebras.

Es enorme.

Casi un parque.

Y está ubicada justo enfrente del supermercado de mi padre. Por eso, claro, el supermercado se llama La Plaza. Tiene muchos árboles. Distribuidos en hileras a lo largo de sus lados. Un montón. También hay más árboles en su interior, aunque no tantos. Sin embargo, no son lindos. O, al menos, no quedan lindos ahí donde están.

Sucios, envejecidos, gastados.

Parecen estar plantados allí por obligación.

La típica obligación de un oscuro funcionario al que le encomiendan una determinada superficie de terreno para diseñar una plaza y supone que una plaza no es una verdadera plaza si no se desparraman unos cuantos árboles por ahí. Y bancos, por supuesto. El tipo también desparrama bancos. Para que la gente que habita en ese barrio, cerca de esa plaza, se siente en verano a la sombra de esos árboles.

Muy feos los bancos.

De cemento, sin ninguna gracia.

Paso muchas horas de mi vida observando la

fealdad de esa plaza. Incontables horas. Cada vez que no hay clientes o cada vez que mis padres pelean a los gritos. Me siento en la puerta del supermercado sobre un cajón de maderas y la miro. Lo feo no siempre es aburrido: la calle de aquí, donde mi abuelo apoya al amanecer, cada día, sus tres palanganas de plástico repletas de bichos, es fea y es sucia pero no es aburrida. Todo lo contrario. La fealdad de la plaza de Glew, en cambio, es insoportablemente aburrida. De todos modos, debo reconocer que, en gran parte, mi vida transcurre observándola sentada sobre la escasa comodidad de un cajón de maderas.

¿Hay sapos en esa plaza?

¿Hay ranas?

¿Hay culebras?

No lo sé.

Nunca veo nada que no sean los árboles y los bancos y el poco pasto seco y los yuyos que nacen en cualquier lado. No. Miento. No nacen en cualquier lado. Por lo general, los yuyos viven justo debajo del cemento de los bancos. Jamás cerca de los árboles. Sospecho que si hay sapos o ranas o culebras, los tengo que ver desde mi cajón de maderas. No hay demasiados lugares en donde los animalitos puedan esconderse. Por no haber, ni siquiera hay pasto en la mayor parte de la plaza.

La fealdad es triste.

Y yo me propongo no mentir. No aquí, al menos, en estas páginas.

Sentarme a mirar la plaza de Glew me entristece. A veces, hasta se me caen algunas lágrimas. Y nada tiene que ver con el hecho de que no haya clientes en el supermercado o que mis padres estén gritándose a unos pocos metros de mi sitio de observación. Nada. Se me caen las lágrimas por la plaza y por mí. O mejor, por los sitios o las cosas que pudiendo ser bellas no lo son por culpa de la desidia o del apuro o de la ausencia de ganas en los seres humanos que tienen la posibilidad de hacer de un sitio o de una cosa algo bello y deciden no hacerlo.

Mis abuelos paternos se mudan a Suzhou al día siguiente de casarse. Nacen en una pequeña aldea, a unos cuantos kilómetros al noroeste de Xian. Se descubren el uno al otro cosechando arroz y sus respectivos padres conciertan el matrimonio. Pero no lo conciertan de inmediato, me aclara Lin Shi. Tardan. Lo hacen recién después de interminables discusiones. Los problemas entre ellos no surgen de diferencias de clase, ambas familias son campesinas y se conocen desde siempre; los problemas se originan en la firme determinación de mi abuelo de mudarse hacia el este. Lin An Bo no desea quedarse en donde vive ahora su familia y mueren antes, durante siglos, buena parte de sus antepasados. Algunos años antes de ese momento, mi abuelo paterno ve fotos en una revista y se enamora de los canales

y del lago de Suzhou. No se imagina la vida en otro sitio que no sea Suzhou. Además, claro, de que su nombre, An Bo, en mandarín significa «Ola Pacífica», un nombre que, a su criterio, lo marca inexorablemente desde su mismísimo nacimiento para andar sobre el agua tranquila de los canales de Suzhou.

Es una época de mudanza.

Todavía vive Mao.

Y todavía vive su revolución cultural.

Por eso, a regañadientes, es que los padres de mi abuela paterna terminan por aceptar la firme decisión de Lin An Bo. De no hacerlo, hasta pueden ser acusados de contrarrevolucionarios. Y eso no es bueno. La aldea es pequeña y los comentarios llegan muy rápido a los oídos adonde no deben llegar. Son tiempos de políticas drásticas, de muerte fácil, también.

Recién casados, entonces, mis abuelos paternos se instalan en Suzhou. Aunque bastante lejos de los canales o del lago Taihu. En uno de esos enormes edificios, de varios pisos, que poco antes comienzan a construirse en las afueras de las ciudades. El mismo edificio en el que más tarde nace mi padre, en el que continúan viviendo ellos y en el que, ahora mismo, también vivo yo.